

Sobre la persona en María Zambrano

Sonia Angeles Rubí Olea. Universidad de Málaga

Este año de 2004 celebramos en Málaga el *VI Congreso Internacional de la Sociedad Hispánica de Antropología Filosófica*. También celebramos el centenario del nacimiento de nuestra filósofa María Zambrano. Con su pensamiento España está presente en el mundo y con España se actualiza Europa y en ellas cobran figura nuestra Andalucía y el conjunto de pueblos que le dan vida. Porque Andalucía es, sobre todo, torrente de vida transida de luz¹. Y esta vida se expresa hoy en manifestaciones culturales; concretamente, en este *Congreso de Antropología*. Por todo ello, no podían faltar unas palabras que nos hablaran de la persona como centro del pensamiento antropológico de nuestra pensadora veleña.

En nuestro estudio partimos de un hecho: las cosas de la vida tienen un poder sobre nosotros: ellas nos dan que pensar. Como filósofos hemos elegido que nuestra vida sea un modo de existencia intelectual. En esta situación vital concreta tenemos que pensar en radicalidad lo cual es ir a la fuente de toda cultura. Y pensar en la raíz de nuestra cultura es filosofía. “Filosofía es –para Zambrano– encontrarse a sí mismo. Llegar por fin a poseerse”². Y la única realidad viviente que se posee en propiedad es la persona. “Persona –según ella– es lo que subsiste y sobrevive a cualquier catástrofe, a la destrucción de su esperanza, a la destrucción de su amor. Y sólo entonces se es persona en acto, enteramente, porque se cae en un fondo infinito donde lo destruido renace en su verdad, en un modo de no perderse”³.

Zambrano recibe sus vivencias acerca de la persona de sus dos maestros: Ortega y Zubiri. Ella recordando las lecciones de Ortega nos susurra en el alma: “Despertábamos a la realidad de la vida, y algo muy íntimo y vivo despertaba en nosotros; algo a lo que continuamente y sin descanso su palabra se dirigía: ese punto central que ordena y dirige la pluralidad cambiante de la vida: eso que se ha llamado persona y que con palabras de otro maestro, mejor que con las nuestras señalaremos: ‘La persona es el ser del hombre. Esa unidad radical e incommunicable que es la persona se realiza a sí misma mediante la complejidad del vivir. Y vivir es vivir con las cosas, con los demás y con nosotros mismos en cuanto vivientes’”⁴. Era la lección de Ortega: dirigirse al claro de la persona de sus alumnos, a su corazón, para ponernos en situación de vivir en claridad leal con nosotros mismos, con los demás y con las cosas –recuerda Zambrano–. Y esta lección era la que daba sentido a todas las innumerables lecciones de su Cátedra de Filosofía⁵.

¹ Cfr. A. Colinas. *El sentido primero de la palabra poética*. México: F. C. E., 1989, p. 216.

² M. Zambrano. *Andalucía, sueño y realidad*. Granada: Biblioteca de Cultura Andaluza, 1984, p. 179.

³ M. Zambrano. *Fragmentos para una Ética*. M – 347.

⁴ M. Zambrano. “Ortega y Gasset universitario”. En *Anthropos*. Suplementos 2 (marzo-abril, 1987) p. 15. La cita pertenece a X. Zubiri. “En tomo al problema de Dios”. *Revista de Occidente* noviembre de 1935.

⁵ Cfr. M. Zambrano. “Ortega y Gasset universitario”.

La realidad, lo poético o creador que se configura como claridad, como luz, transparencia, libertad, persona, trascendencia, diafanidad, amor, como lo sagrado, es el objeto de su filosofía. Este horizonte de diafanidad, que constituye la trascendentalidad filosófica en Zubiri y que María actualiza como lo sagrado, es el fondo oscuro que da lugar a lo divino. Pues la realidad “es algo anterior a las cosas, es una irradiación de la vida que emana de un fondo de misterio; es la realidad oculta, escondida; correspondiente, en suma, a lo que hoy llamamos ‘sagrado’. La realidad es lo sagrado y sólo lo sagrado la tiene y la otorga. Lo demás le pertenece. ‘Somos propiedad de los dioses’, decía todavía en el siglo IV Teognis de Mégara”⁶. Todo tiene un dueño. De ahí que María afirme que “La suprema libertad es elegir un dueño”⁷.

En Notas de un método nos indica nuestra pensadora que “Trascendencia es transparencia”⁸. Y en el párrafo siguiente nos recuerda a San Agustín: “He aquí, mi Señor, mi corazón cómo es de transparente”. La diafanidad que constituye la trascendentalidad en la filosofía de Zambrano se concibe en el hombre como transparencia, y es la que hace que este tenga un corazón transparente. Pero transparencia es libertad. Dadme un corazón transparente y os señalaré la libertad. La libertad es la manifestación de lo sagrado y divino en el hombre. La transparencia o libertad que es algo inmanente en el hombre, que es la persona misma, rompe barreras como la vida y se trasciende donándose en amor.

En los momentos más trágicos del pensamiento y de la vida española, María nos dice: “La diafanidad se imponía. Tardamos algún tiempo en saber que era ella que había llegado causando un cambio en la visión de la luz. La visibilidad en que se nos aparecían los sucesos y los seres los penetraba, descendía hasta el abismo de su fondo pues la verdad surgía de las entrañas de la historia, divina e infernal al mismo tiempo”⁹. Es, pues, la trascendentalidad como diafanidad creadora de lo sagrado el fundamento del horizonte de la unidad de vida y pensamiento que conforma la filosofía de María Zambrano.

La razón de María Zambrano encarna la razón española impregnándola de vida, sentimiento y poesía. Por ello nos ofrece la “razón poética”, una razón que hace posible nuestro acceso a la realidad viviente de un hombre íntegro. “Era necesario –según ella– una idea del hombre íntegro y una idea de la razón íntegra también”¹⁰. Sólo así será posible calmar la necesidad humana de conocerse, de encontrarse consigo mismo, ya que “El hombre es el ser que se busca a sí mismo en todas las culturas”¹¹ y por ello espera y lo exige, que haya “lo que podríamos llamar un ‘descendimiento’... de la cultura que haga posible la vida, la convivencia de todos los hombres”¹², de todos los pueblos.

⁶ M. Zambrano. *El hombre y lo divino*. Madrid: Siruela, 1991. p. 34.

⁷ M. Zambrano. *Fragmentos para una Ética*. M – 347.

⁸ M. Zambrano. *Notas de un método*. Madrid: Mondadori, 1989. p. 77.

⁹ M. Zambrano. “Hora de España XXIII”. En *Hora de España*. Barcelona, n. 23 (1938) IX-XXV.

¹⁰ M. Zambrano. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 1989. p. 26.

¹¹ M. Zambrano. “Sobre el problema del hombre”. En *Anthropos*. Suplementos 2 (1978) p. 102. Cfr. M. Zambrano y J. Ortega y Gasset. *Andalucía, sueño y realidad*. Granada: Editoriales Andaluzas Reunidas, 1984. p. 179.

¹² M. Zambrano. “Sobre el problema del hombre”. p. 102.

Es señal de toda nueva cultura la existencia de esa necesidad en cada hombre concreto por descender a sus propios infiernos, de su alma y de su historia. La historia siempre nos ha mostrado un saber de juicio y de condena; siempre una historia sacrificial y no ética ha regido en el mundo. Contra esta historia se alza la filosofía y la poesía como saberes de salvación.

Es necesario que el hombre descienda a su fondo sagrado y realice ese viaje de ensueño para conocer ese su mundo interior desconocido y sacarlo a la luz. Pues, "tiene el sueño ese contacto íntimo con la realidad, del que se sale al despertar y que, aunque se trate de una realidad pavorosa, nos produce la impresión de haber abandonado el hueco exacto de nuestro ser, donde reside la verdad de nuestra vida: el lugar de nuestro infierno, que es el mismo que el de nuestro paraíso. Llevarlo a la vigilia, sin que se esfume ni se debilite su palpitación; hacerlo visible, sin que pierda su oscura vida, es acción que sólo la poesía, que sea al par pensamiento, puede realizar"¹³.

Esta búsqueda, esta persecución de lo humano la realiza el hombre para tenerse al fin entre sus manos, para saber quién es, sin intermediario de idea, ni de imagen alguna. Y el punto de partida de este conocimiento ha de ser siempre la angustia del ser humano en soledad¹⁴. El hombre en su raíz es soledad, único, persona.

Sólo una razón piadosa es la que puede realizar ese viaje a los infiernos, a lo sagrado del hombre. La piedad antes que trato religioso con "lo absolutamente otro" es trato con lo sagrado cercano, es saber tratar con lo otro, razón piadosa. "Y así la piedad, como el amor, hace a la razón transcendente: entrar en la realidad. Sólo las nupcias de la razón y de la realidad producen el conocimiento"¹⁵.

Estas entrañas humanas que se abren gracias a la piedad quedan heridas al abrirse si no reciben una cierta luz. Entrañas que se abren a través del corazón, y el corazón a través del alma. Sólo una razón poética piadosa puede poner en marcha la verdad como revelación. Revelación, verdad desnuda de ese lugar secreto, sagrado: todo eso que gime, palpita y tiembla en el interior del interior del hombre; el fondo último de un corazón humillado y que será quien nos juzgue, porque "a la tarde de la vida nos examinarán en el amor". El claro del corazón es también templo, lugar del sacrificio, porque el corazón aunque vive secretamente sin embargo pide la entrega. Por ello, siempre que entremos en el claro del corazón del bosque hemos de entrar en actitud de sacrificio, de donación de amor.

De ese claro, centro de un corazón sereno, han de irradiar temblorosos todos los fragmentos de la persona buscando la unidad en la verdad desnuda. Verdad que aúna el sujeto con la realidad, el individuo con la sociedad, con el tiempo y la historia, verdad ética y sagrada. Porque es el "hombre en su vida"¹⁶, la nueva revelación a la que hoy asistimos, quien ha de realizarse revelándose, cumpliendo su verdad. Y la nueva verdad, la nueva presencia que actualiza la donación de lo sagrado y la entrega del hombre, es la verdad como "revelación", como "gracia".

¹³ M. Zambrano. *Un descenso a los infiernos*. Sonseca (Toledo): Cuadernos de Estética. Fulgores, 1995. pp. 16-7.

¹⁴ Cfr. M. Zambrano. *Un descenso a los infiernos*. p. 17.

¹⁵ M. Zambrano. *Un descenso a los infiernos*. p. 20.

¹⁶ M. Zambrano. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 1989. p. 19.

La “develación” o “desvelación” es una acción del pensamiento en su inicio filosófico. Y es tarea de la religión y de la poesía el descubrimiento de la realidad. Pues a los dioses de la antigua mitología ha sucedido la maravillosa realidad. Por ello podemos decir que la revelación ejercida al modo humano toca el misterio de la realidad¹⁷. Así, la realidad se nos ofrece como don, como gracia de la verdad como revelación.

La verdad es blanca, casi invisible es su presencia. Nos otorga el silencio del callar que sella labios y pensamientos. En su silencio se engendra el pensamiento puro y la palabra. La verdad llega, viene de lejos, es una. Desprendida, lejana, errante, va de paso. Viene de lo Uno. Suspende el tiempo. Es suceso, ser; como un sueño, como la poesía. Como en sueños, la verdad cuando aparece, no tiene sujeto que la haya hecho nacer. Ante la verdad, el sujeto no es lugar, no es el donde; mas la sufre, la padece, es pasivo. La verdad blanca, la del silencio, es la verdad toda de una vida y aun de la vida humana. Su hermetismo encierra el secreto de aquel a quien visita. Secreto en que va envuelta la condición humana¹⁸.

La verdad encierra una de las dimensiones o fragmentos de la persona: el individuo. Así, “individuo humano lo ha habido siempre, mas no ha vivido, ni actuado como tal, hasta que ha gozado de un tiempo suyo, de un tiempo propio”¹⁹. Con ello comenzó la cultura en su momento radical, la filosofía; pues el hombre en el tiempo de su soledad pudo pensar y experimentar la perplejidad ante la realidad que se le ofrecía. Y en ese instante el hombre despertó de su sueño, y despertó “viendo la realidad como realidad”, la riqueza del mundo, el amor, la *physis*. Y en este su afán de realizarse, el individuo siente ya en sí el sacrificio que conlleva la historia de su realización, de su continuo renacer.

Pero el individuo no está solo, “pues el individuo y la sociedad han aparecido coetáneamente. El uno ha aparecido dentro del otro”²⁰. Un modo de deshacer el antagonismo clásico entre el individuo y la sociedad está en ver “el origen común de individuo y sociedad —el que hayan sido engendrados el uno por el otro”²¹. Y esta verdad viviente se actualiza en un estar intelectual con los demás, en sociedad. Vivir es convivir, compartir la vida en comunidad. La sociedad es una realidad ambital que nos envuelve y por eso: “sabemos que convivimos con todos los que aquí viven y aun con los que vivieron. El planeta entero es nuestra casa”²². El lugar del hombre en el cosmos es el que ocupa en comunidad con el prójimo. Pues, para María Zambrano, “la sociedad es el lugar del hombre”²³. Una sociedad humanizada, la realidad más humana, el amor compartido. El problema de realización, de revelación, del hombre como individuo social constituye la historia. La poesía unida a la realidad es la historia. El hombre, como toda realidad, es poesía y al mismo tiempo historia. La historia es sueño; el sueño del hombre. Pero una vez más Zambrano desea que haya una sociedad y una historia donde el hombre esté

¹⁷ Cfr. M. Zambrano. “Revelación, develación”. M – 69.

¹⁸ Cfr. M. Zambrano. “Ante la verdad”. M – 376.

¹⁹ M. Zambrano. *Persona y democracia*. Barcelona: Anthropos, 1988, p. 20.

²⁰ M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 106.

²¹ M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 112.

²² M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 16.

²³ M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 95.

presente como persona. Por ello se pregunta: “¿Seguirá siendo utópico pensar que algún día la sociedad tendrá una conformación, una estructura análoga a la de la persona humana?”²⁴.

Esta realidad personal, individual y social es estrictamente historia por estar transida por el tiempo que hace que el hombre se revele de modo procesual, histórico. Pero el tiempo en Málaga es un “tiempo naciente”, un tiempo creador, divino. “Un ser, en cierto modo, que es una pulsación, una presencia pura que palpita; vida”²⁵. Este tiempo humano fragmento de su obra *Claros del bosque*, es suficiente para llenar una cultura, toda una historia y toda una vida, pues es él quien posibilita vida, historia y cultura. El dar de sí, el revelarse de nuestras entrañas lleva tiempo, es tempóreo. “El tiempo que es desgarramiento del ser”²⁶.

La vivencia de estar el hombre fundamentado en lo sagrado, otro fragmento del ser del hombre, aparece pronto en los escritos de Zambrano. En el proyecto de su tesis doctoral, nos señala: “Dios está en el fondo de esa conciencia que constituye el ser del hombre, oculto e inescrutable, aunque manifestándose mediante las cosas singulares que de él nos dan noticia y por cuyo conocimiento adecuado le reconocemos”²⁷. Y la existencia del hombre tendrá como tarea que el amor de Dios pase a través de él. Lo más contrario a nuestra existencia consistiría en ser opacos y resistir al amor de Dios. Es el sentido de esta interrogante y de su respuesta. “Y entonces, ¿mi existencia qué es? Nada; ser hombre es ser nada. Y yo no puedo salir de ese amor intelectual que pasa por mí; lo que de mí emerge de ese pasar no será en verdad existir, sino más bien un resistir; obcecación en el no ser”²⁸.

Y este *logos* “lleno de gracia y de verdad” fue intuitido al final de su vida por Sócrates. La fuente de su sabiduría estaba en considerar “la filosofía como una preparación para la muerte”. Y en los umbrales de ella capta que la filosofía como “búsqueda violenta” de la virtud expresada en conceptos no llena una vida. Había que ir no a una moral de conceptos sino a la *physis*, a la realidad de la virtud. Y esta no se adquiere por violencia alguna sino por donación, por caridad.

El *logos* platónico en su esfuerzo de salvar las apariencias y el alma no podía aún descender hasta la carne. Para esta encarnación del *logos* es necesaria la poesía. Y la poesía vive del amor. “En el amor está la cuestión verdadera. El amor, es cosa de la carne; es ella la que desea y agoniza en el amor, la que por él quiere afirmarse ante la muerte. La carne por sí misma, vive en la dispersión; mas por el amor se redime, pues busca la unidad. El amor es la unidad de la dispersión carnal, y la razón de la locura del cuerpo”²⁹. La carne queda, pues, redimida por el amor.

El poeta no quiere que la carne sea extraña para el hombre; desea que sea estructura del alma, compañera en el viaje. Por eso “el poeta vive según la carne y más aún, dentro de ella. Pero, la penetra poco a poco; va entrando en su interior, va

²⁴ M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 152.

²⁵ M. Zambrano. *Claros del bosque*. Barcelona: Seix Barral, 1988. p. 30.

²⁶ M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 131.

²⁷ M. Zambrano. “La salvación del individuo en Espinosa”. *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras* N° 3 (febrero-marzo, 1936), Madrid. p. 12.

²⁸ M. Zambrano. “La salvación del individuo en Espinosa”. p. 12.

²⁹ M. Zambrano. “La salvación del individuo en Espinosa”. p. 12.

haciéndose dueño de sus secretos y al hacerla transparente, la espiritualiza³⁰, la ensimisma, la hace más humana.

En este punto personal lleno de amor, de realidad sagrada, de riqueza, de más, de trascendentalidad, de *physis*, de metafísica, se sustenta el individuo, la sociedad, la historia, el tiempo, la moral, la religión. Para el pensamiento zambraniano es en la persona donde queda recuperada toda metafísica para el hombre actual. Su pensar es estricta metafísica. Siempre, en la más pura filosofía, el tema central de la metafísica ha sido el tema de la persona. Y cada uno de nosotros guardamos como un tesoro el secreto por donde se nos entrega la riqueza, la *physis*, el amor, lo sagrado, la metafísica del mundo.

La vida es camino, abrirse brecha. “Vivir es no poder reposar hasta la muerte”³¹. “Vivir —continúa María Zambrano—, al menos humanamente, es transitar, estarse yendo hacia... siempre más allá”³². Y “pues que de vivir se trata. La vida lo exige. No basta la vida, ella, hay que vivirla. Es lo real de la vida”³³. La vida tiene su verdad, la verdad viviente.

“El despertar a la verdad es al mismo tiempo despertar a la vida; a una vida más amplia, más profunda, más intensa, más vida. Tiene este despertar a la verdad los mismos caracteres que el despertar de todas las mañanas”³⁴. Nos abre los ojos y nos llama a ponernos en camino. Despertamos a la responsabilidad ética de nuestra vida. La ética de Zambrano no es la del proyecto de Ortega o Heidegger, ni la ética formal kantiana, ni la moral como estructura de Zubiri consistente en poseer propiedades por apropiación. La ética malagueña es la ética de la anticipación, es una ética auroral. “El hombre, alba cuajada derramada”³⁵, un continuo amanecer. “Lo esencial y propio del hombre es la anticipación, el constituirse anticipadamente en aquello que todavía no es”³⁶. La verdad como revelación hace que el hombre como aurora manifieste lo sagrado de sus entrañas como amor quedando en él prendido; hay un más en su vida. Por todo ello, “ser persona es ser capaz de renacer tantas veces como sea necesario hasta resucitar. Ser persona es poder y saber morir como una acción”³⁷. Ética de amor.

Sonia Ángeles Rubí Olea.

³⁰ M. Zambrano. *Filosofía y poesía*. México: F. C. E., 1987. p. 61.

³¹ M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 117.

³² M. Zambrano. *Persona y democracia*. p. 47.

³³ M. Zambrano. *La España de Galdós*. Madrid: Taurus, 1960. p. 16.

³⁴ M. Zambrano. “El despertar a la verdad”. M – 73.

³⁵ M. Zambrano. *De la Aurora*. Madrid: Turner, 1986. p. 41.

³⁶ M. Zambrano. *Fragmentos de una Ética*. M – 347.

³⁷ M. Zambrano. *Fragmentos de una Ética*. M – 347.